

# PENSANDO EL FASCISMO DESDE WALTER BENJAMIN

**JUAN CARLOS HERRERA RUIZ**

*Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas  
Universidad de Medellín (Colombia)*  
jcherrera@udem.edu.co

## **ABSTRACT**

The purpose of this article is to present some of the most significant traits of the method used by Walter Benjamin to produce his own critical view about fascist violence within the framework of a historical situation –The post First World War period- in which the future of both German and European society was at stake. To this end, some premonitions warning about the risks of War and Militarism raised in his essays are explored, as well as his concern about social indifference in the face of negative values through which the Aesthetics of Fascism aimed to alienate the masses by means of diverse kinds of communicational and ethical artifice, but which concealed a retrograde pretension to political control and the destruction of material culture.

## **KEYWORDS**

Walter Benjamin, Fascism, Political Aesthetics, Criticism of Violence, State Violence.

## **1. INTRODUCCIÓN**

Una de las elaboraciones estético-políticas más estimulantes de Walter Benjamin es su comprensión premonitoria del fascismo que se da en el marco del diálogo crítico que entabló con el materialismo histórico-dialéctico durante la primera posguerra. El núcleo de la formulación de Benjamin sobre la estética del fascismo, que en un sentido amplio ha de leerse también como una estética política, aparece fundamentalmente en dos obras que por la sustancia resultan complementarias entre sí: *Der Autor als Produzent* (1934) [El autor como productor] y *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit* (1936) [La obra de arte en la época de su reproductividad

técnica]. Sin embargo, en trabajos precedentes Benjamin aportó elementos de significación filosófica en los que por igual se construye una crítica radical a la modernidad y a la política alemana durante el periodo de la República de Weimar, desde una perspectiva que incluía elementos de orden histórico, sociológico y teológico.

La reflexión crítica que ensaya Benjamin de cara al fascismo parte de una caracterización ética y estética de la violencia que ejerce este sobre el individuo y la sociedad. Esta reflexión tiene por exordio su propio balance de las consecuencias sociales de la primera guerra mundial, que expuso en los trabajos *Zur Kritik der Gewalt* (1921) [Crítica de la violencia], *Theorien des deutschen Faschismus* (1930) [Teorías del fascismo alemán] y *Erfahrung und Armut* (1933) [Experiencia y pobreza]. Allí presenta un panorama tan crudo como sensible de la situación política de Alemania tras la primera gran guerra del siglo XX, que no sería otra que la consolidación del proceso de racionalización y modernización de la sociedad burguesa occidental. A su vez, estas obras fueron preludio del florecimiento político y cultural del nacionalsocialismo y de la ulterior segunda guerra mundial.

En su conjunto, los esfuerzos intelectuales de Benjamin apuntan a desvelar la instrumentalización alienadora que hizo el fascismo de los medios de reproducción técnica del arte, pero también a captar y a describir los rasgos característicos de su lógica y de su ética política. En ese sentido, este artículo busca seguir una línea de argumentación en la que los conceptos de la estética fascista que plantea Benjamin en sus tesis sobre el papel de los medios de reproducción técnica del arte, al interior de las relaciones de producción, se entrecruzan con otras elaboraciones críticas de orden social e histórico, que le permiten de paso demostrar, anticipadamente, la síntesis que se dio en Alemania entre violencia y fascismo.

## 2. LAS PREOCUPACIONES DE BENJAMIN COMO PREMONICIÓN DEL FASCISMO

Parte de la prosa ensayística de Benjamin fue premonitoria del desarrollo del nacionalsocialismo y de los acontecimientos subsiguientes a la desaparición del mismo Benjamin en 1940. En un sentido estético-político, Benjamin vislumbró una peligrosa orientación de las posibilidades comunicativas que ofrecían los entonces muy novedosos medios de reproducción técnica del arte, como la fotografía, la radio o el cine en manos del fascismo. Pero, ¿qué entendía Benjamin por fascismo en ese campo? En el epílogo a *La obra de arte en la época de su reproductividad técnica* escribe:

La proletarización creciente del hombre actual y el alineamiento también creciente de las masas son dos caras de uno y el mismo suceso. El fascismo intenta organizar las masas

recientemente proletarizadas sin tocar las condiciones de la propiedad que dichas masas urgen por suprimir. El fascismo ve su salvación en que las masas lleguen a expresarse (pero que ni por asomo hagan valer sus derechos). Las masas tienen derecho a exigir que se modifiquen las condiciones de la propiedad; el fascismo procura que se expresen precisamente en la conservación de dichas condiciones. En consecuencia, desemboca en un escepticismo de la vida política. A la violación de las masas, que el fascismo impone por la fuerza en el culto al caudillo, corresponde la violación de todo mecanismo puesto al servicio de la fabricación de valores culturales (Benjamin, 1989:56)<sup>1</sup>.

El énfasis que pone Benjamin en el dominio de la propiedad, que es uno de los aspectos económicos críticos en el marco del capitalismo burgués, aproxima su noción de fascismo a la concepción más estereotípica: una fuerza política contraria a la pretensión del movimiento comunista-obrero por la abolición de la propiedad y de las clases sociales. Pero como se ve, Benjamin también hace énfasis en la dimensión cultural del fascismo, en tanto fuerza alienadora, que busca transformar la noción de comunicación en aras de modificar la imagen que tienen las masas de sí mismas y motivar en ellas un escepticismo que deviene en conformidad política. Para Benjamin se trata además de una fuerza reaccionaria, en tanto persiste en conservar las condiciones heredadas de la propiedad, que en el capitalismo burgués pasaron inalteradas el tránsito de lo feudal a lo moderno.

Lo que ha devenido como lugar común al referirse al “lavado de cerebro”, es básicamente lo que está implícito en la idea que Benjamin presenta del fascismo; este lavado consiste en la creación de patrones psicológicos comunes -y en esto los medios técnicos de reproducción del arte puestos al servicio de la propaganda juegan un papel central- que persuadan a las masas de que existe consenso y representatividad en torno a una determinada figura autoritaria, al tiempo que las sustraen de las cuestiones materiales esenciales que interesan o afectan la vida, como la propiedad, con todo lo que esta categoría implica en términos históricos. Esto tiene sus implicaciones tanto políticas como estéticas, al respecto prosigue Benjamin:

Todos los esfuerzos por un esteticismo culminan en un solo punto. Dicho punto es la guerra. La guerra, y sólo ella, hace posible dar una meta a los movimientos de masas de gran escala, conservando a la vez las condiciones de propiedad. Así es como se formula el estado de la cuestión desde la política. Desde la técnica se formula del modo siguiente: sólo la guerra hace posible movilizar todos los medios técnicos del tiempo presente, conservando a la vez las condiciones de propiedad. Claro que la apoteosis de la guerra en el fascismo no se sirve de estos argumentos (56).

Esta “apoteosis” estética encubre, para Benjamin, el que sería uno de los fines claves del fascismo: hacer de la guerra un instrumento para la conservación de la propiedad,

<sup>1</sup> Citamos traducción española en la antología *Discursos interrumpidos I*.

que conduzca de paso a transponer las condiciones económicas heredadas de la sociedad feudal en otras en que exista la apariencia del consenso y de la libre elección del destino político.

Una primera línea argumental en favor de esta idea la encontramos en *Crítica de la violencia*, ensayo que aparece publicado en 1921 en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*<sup>2</sup>, poco después de obtener su doctorado en Berna. En este breve pero denso material, considerado junto con *Réflexions sur la violence* (1908) [*Reflexiones sobre la violencia*] de Sorel fundacionales de un nuevo giro teórico-filosófico del siglo XX, en tanto llevaron la discusión sobre el concepto de violencia más allá del ámbito meramente bélico o físico (Rae & Ingala, 2019), Benjamin abre el debate sobre la naturaleza ética del derecho planteado desde las diferentes corrientes político-filosóficas que hacían vida en la República de Weimar, proponiéndose repensar y redefinir el alcance semántico de las nociones de “lo legal” y de “lo jurídico”, a partir de las crisis de la filosofía del derecho y de la justicia que se dan en un periodo histórico y en una circunstancia política altamente conflictivos: la primera posguerra del siglo XX.

Sin perder de vista lo anterior, el texto presenta otras facetas que le otorgan un valor premonitorio de lo que vendría a suceder, cerca de dos décadas después, durante la segunda guerra mundial, especialmente en lo referente a la violencia que ejercerá el Estado fascista, sobre la base de un derecho y de una justicia “envenenados”<sup>3</sup>. Benjamin advierte en esta estética política la distorsión de la noción de legitimidad de la violencia que ejerce el Estado, tanto desde el derecho natural como desde el derecho positivo. En el marco de esta crítica Benjamin desdeña el modo en que la “filosofía popular” fascista apeló tardíamente a los principios biológicos darwinianos que “reconocen a la selección artificial y la violencia, como medio primario y adecuado para todos los fines de la naturaleza”, a lo cual añade más adelante que esa filosofía (la darwiniana) “a menudo dejó constancia del corto paso que separa este dogma de la filosofía natural con uno más burdo de la filosofía del derecho; por lo que esa violencia, prácticamente sólo adecuada a fines naturales, adquiere por ello también una legitimación legal” (Benjamin, 2011:24).

Esta referencia puntual de Benjamin al argumento darwiniano como algo tardío, o si se quiere anacrónico, se corresponde con la crisis en la que tras la primera guerra

<sup>2</sup> Citamos traducción española en la antología *Iluminaciones IV*.

<sup>3</sup> Esto como evocación de Primo Levi, sobreviviente italiano de Auschwitz y su célebre artículo “Un passato che credevamo non dovesse tornare più” [Un pasado que creíamos no volvería más], en el que escribió “Cada época tiene su fascismo”, agregando a renglón seguido, que el fascismo en su expresión premonitoria concentra el poder en diversidad de modos y estamentos que niegan al ser humano la capacidad de ser y de expresarse según su voluntad, y ello lo logra no solo a través del miedo y de la intimidación policiaca, sino también a través de la destrucción de la información y del “envenenamiento” de la justicia.

mundial había entrado dicho argumento, pues había servido de base ideológica y científica para el colonialismo europeo en Asia y en África, por una parte, pero por otra, podría ser una señal de la familiaridad de Benjamin con corrientes antropológicas más novedosas, que comenzaban ya a dejar de lado el paradigma teórico de unilinealidad de la cultura y de la *selección natural* que legitimaba la muerte de las sociedades menos adaptadas y la supervivencia de las más fuertes, para enfocar su interés en problemas como la influencia del entorno en el desarrollo de la cultura, el estudio de la semiótica y las lenguas vernáculas, los intercambios económicos o los sistemas de parentesco<sup>4</sup>. Cabe añadir a este respecto, que aun dentro del campo ideológico del nacionalsocialismo, que abrazó las tesis del darwinismo social postuladas por Ernst Haeckel, hubo irónicamente posturas que negaron la evolución humana, entendida como un proceso biológico homogéneo, al considerar que aquella reñía, por principio, con la noción de la inmutabilidad y superioridad de la raza germánica (Weikart, 2013:537); ello arroja cierto grado de confusión sobre el verdadero papel de las ideas científicas dentro del proyecto político fascista, pero constata de paso la sospecha de Benjamin de cuán artificioso podría resultar el uso de tales ideas como justificación de la violencia de Estado.

Evidentemente Benjamin advertía el oportunismo de quienes apelaban aun a las tesis darwinistas como explicación científica de la violencia, al tiempo que como legitimación de los cambios en el sentido de la justicia que cada tipo de Estado, según los fines políticos y de orden social que persigue, pretende aplicar sobre un ordenamiento jurídico determinado. En suma, Benjamin busca prevenir del peligro de un sentido del derecho y de la justicia en los que eso que él llama “filosofía popular” adquieran legitimidad y vigencia histórica. Y efectivamente, parte del cambio social y de las leyes de persecución a la población judía que introdujo el nacionalsocialismo tras su ascenso al poder en Alemania apelaron, incluso bajo tesis biológicas ya para entonces cuestionadas, al argumento evolucionista de la superioridad de algunas razas sobre otras.

Lo antes planteado con relación al colonialismo europeo en Asia y África -y en ese sentido se puede entender el holocausto judío también como una repercusión en el interior de Europa de su propio colonialismo- encuentra plena resonancia con el principio que expone Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, según el cual dos dispositivos centrales utilizados bajo el fascismo en pos del holocausto judío fueron justamente la noción de raza en relación con el burocratismo (1998:251). También en el interés

<sup>4</sup> A guisa de ejemplos representativos de esta transformación cabe citar la escuela del *particularismo histórico* que encabezaba el también judío-alemán Franz Boas en Estados Unidos, la del *funcionalismo* que desarrolló el polaco Bronislaw Malinowski en Gran Bretaña, a partir de una reorientación teórica de la sociología de Durkheim, y de la cual derivó también el célebre *Essai sur le don* (1924) [*Ensayo sobre el don*] de Marcel Mauss, obra clave en los orígenes y ulterior fundamentación teórico-filosófica de la antropología estructuralista de Claude Lévi-Strauss.

de este argumento, vale citar el ejemplo aportado por Aimé Césaire en su *Discurso sobre el colonialismo*, en el que atribuye el ascenso del nazismo en Europa a un efecto boomerang (2006:15), lo que equivale a decir, que la violencia contra los judíos europeos es una variable de las propias tendencias imperialistas que estaban en la base histórica de la misma sociedad y civilización europeas.

Muy en sintonía con lo anterior, no sobra recordar que precedentemente Benjamin también se había ocupado de otras formas y géneros de violencia propias del colonialismo europeo allende el Atlántico, como lo constata Gershom Scholem en la primera parte de su libro de memorias *Walter Benjamin. Historia de una amistad*, evocando que en 1916 Benjamin asistió en Múnich a un curso del americanista Walter Lehmann sobre la lengua náhuatl y la religión de los mayas y los aztecas; añade Scholem, que para entonces Benjamin se había aplicado con notable entusiasmo al estudio de la obra del historiador de Indias Fray Bernardino de Sahagún, a través de la cual conoció de los métodos políticos y el aparato discursivo, si cabe llamarlo así, con los que los españoles acometieron la conquista de los pueblos indios de Centroamérica (2014:39). En beneficio y como constatación adicional de esta faceta de Benjamin, Löwy documenta que en 1929 Benjamin tradujo el libro de Marcel Brion, *Bartolomé de las Casas. "Père des Indiens"* [*Bartolomé de las Casas. "Padre de los indios"*], acusando en su recensión de este que los conquistadores ibéricos, bajo razones legales del Estado imperialista, habían transformado el Nuevo Mundo en una gran "cámara de torturas" (2008:83).

Otro segmento de *Crítica de la violencia* que también puede ser leído como una suerte de advertencia sobre lo que podría acontecer en el futuro, es aquel en que se aborda el problema del derecho y de la justicia en el marco de una confrontación bélica. Para Benjamin, la violencia que ejerce el Estado en el marco de la guerra supone contradicciones en tanto contraviene cualquier estado de derecho en sí (Benjamin, 2011:28-29). Enteramente asociable al derecho natural, la violencia bélica cumplirá el papel de modelo y origen de toda violencia y a su vez, dado que de ella resultan vencidos y vencedores, es productora de nuevo derecho y de nueva justicia. Lo anterior como explicación histórico-antropológica. Sin embargo, Benjamin parte de este presupuesto para postular otro problema que de ahí deriva, esto es, la violencia bélica como parte del militarismo, problema que a su vez encuentra su correlato en la recién finalizada guerra y la derrota de Alemania.

En ese sentido Benjamin plantea que el "militarismo es el impulso de utilizar de forma generalizada la violencia como medio para los fines del Estado" (30) arguyendo que dicha violencia, en el ámbito de la última guerra, había tenido tal ímpetu que habría incluso sobrepasado la mera persecución de los fines naturales, o bien del establecimiento de nuevo derecho, para ubicarse en los terrenos del pillaje y del saqueo. Por

otra parte, aborda la instauración del servicio militar obligatorio, que servirá como dispositivo jurídico servil a los fines del militarismo y de la violencia bélica, esto en tanto que, en el marco de la sumisión que los ciudadanos deben al Estado, la resistencia a dicha medida los haría objeto de la violencia legítima de ese mismo Estado. Es así que Benjamin ve en el servicio militar obligatorio “el establecimiento de un orden fatalmente necesario” (31) en su papel conservador de derecho según un ordenamiento jurídico de corte militarista<sup>5</sup>, que apela a la coacción y la modelación del individuo por cuenta de un poder intimidatorio institucional frente al cual cualquier resistencia es reducible a un mero “anarquismo infantil” (30), no porque la objeción de conciencia carezca de justificación o validez, sino más bien porque la razón y la autoridad de la que está investida esta suerte de ficción jurídica le permite al derecho disponer de la vida misma más allá de consideraciones éticas o de apelación a principio de libertad individual alguna.

En este punto resultaría también atendible la visión de Arendt en su *Eichmann en Jerusalén* (2003) con relación a lo que ella denominó oportunamente “la banalidad del mal”, en su explicación sobre el origen de las conductas criminales de Adolf Eichmann, a la sazón coronel de las SS, quien mantuvo frente a los tribunales su convicción de que lo hecho por él en los campos de exterminio había sido estrictamente dentro de los límites de las leyes, la justicia y el deber militar, todo al interior de un ordenamiento jurídico creado *ad hoc* para una circunstancia bélica que, también dentro de la esfera de una obediencia ciega a un artificio legal que se crea por y para la guerra, legitima el uso de la fuerza en pos del establecimiento de nuevo derecho. En favor de este argumento cabe citar un comentario de Rae & Ingala en la introducción a la antología *The Meanings of Violence* (2019) [Los significados de la violencia], justamente en torno a los aportes de Benjamin en su *Crítica de la violencia*, en que señalan que esta se manifiesta no solo a través de instituciones, lenguajes o sistemas jurídicos, sino que también es creadora de subjetividades y de lógicas, hasta el punto de adquirir una naturaleza ubicua, incluso necesaria, a la condición humana. En la misma dirección, resulta del todo asertivo el símil que ensaya Hillach en su lectura de la mitificación de la figura del guerrero advertida por Benjamin en su crítica del nacionalismo alemán, la misma que había sido invocada bajo el auspicio del primer imperio en 1870 y en pos de la subyugación voluntaria al fundamentalismo militar, hasta el punto de haber convertido al ejército, señala Hillach, en una especie de modelo ejemplar para los civiles, literalmente, en una “escuela de la nación” (1979:100).

<sup>5</sup> Según documentan Heye (2014) y Scholem (2014), en 1917 Benjamin se trasladó con su esposa Dora a Suiza, país neutral en el conflicto, lo que le permitió oportunamente evadir el servicio militar obligatorio.

De ahí la premonición de Benjamin frente a la violencia implícita y subyacente a la medida del servicio militar obligatorio, en tanto se constituía en la quintaesencia de los gobiernos militaristas que conducían, indefectiblemente, a los totalitarismos y al fascismo. Bajo la gravedad de que estos, en últimas, buscarían manipular en la mente de los futuros soldados alemanes la semántica de la justicia y del derecho, y con ello “envenenar” las relaciones entre la facultad individual de pensar y la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, dicho de otro modo, echar un manto de confusión sobre las implicaciones morales de sus propios actos.

Pero uno de los peligros más significativos que advierte Benjamin tiene que ver con el ámbito de las penas como parte de la violencia de base jurídica, y ello viene a ser el corolario de lo expuesto hasta aquí: la pena de muerte. Efectivamente, la pena de muerte sería la pena aplicada a las poblaciones judías europeas, pena legitimada por la urdimbre de argumentos políticos, jurídicos, religiosos, históricos y hasta estéticos, en conjunción con otros pseudocientíficos sobre la raza, además de la ya referida invocación de una contingencia bélica. Más allá de esto, precisa Benjamin, en el conjunto de los fines históricos de la pena de muerte lo más importante no ha sido “la penalización en sí de las infracciones a la ley, sino el establecimiento de nuevo derecho. Y es que el uso de la violencia sobre la vida y la muerte refuerza, más que cualquier otra de sus prácticas, al derecho mismo” (32).

Esta violencia que busca el establecimiento de nuevo derecho lleva implícito, añade Benjamin, un rasgo profunda y oscuramente corrupto del derecho estatal que aplica la pena de muerte, ello “por saberse infinitamente distante de las circunstancias en las que el destino se manifestara en su propia majestad” (33), dejando entrever con esto cierta alusión mística al “no matarás” del Pentateuco, y señala por último que dicha forma de violencia (la pena de muerte) se hace presente de forma antinatural y monstruosa en otra institución de Estado: la Policía:

Lo ignominioso de esta autoridad consiste en que para ella se levanta la distinción entre derecho fundador y derecho conservador. La razón por la cual tan pocos sean conscientes de ello radica en que las competencias de la policía rara vez lo son suficientes para llevar a cabo sus más groseras operaciones, ciegamente dirigidas en contra de los sectores más vulnerables y juiciosos, y contra quienes el Estado no tiene necesidad alguna de proteger las leyes [...] El “derecho” de la Policía indica sobre todo el punto en que el Estado, por impotencia o por los contextos inmanentes de cada orden legal, se siente incapaz de garantizar por medio de ese orden, los propios fines empíricos que persigue a todo precio. De ahí que en incontables casos intervenga “en nombre de la seguridad”, allí donde no existe una clara situación de derecho, como cuando, sin recurso alguno a fines de derecho, inflige brutales molestias al ciudadano a lo largo de una vida regulada a decreto, o bien solapadamente lo vigila (33-34).



La anterior cita resulta particularmente propicia para retrotraer a la memoria los últimos días de la vida del mismo Benjamin y la persecución policial que finalmente lo empujaría al suicidio. Nótese la referencia al modo en que la policía frecuentemente excede sus propios límites legales invocando razones “de seguridad” y en pos del establecimiento de nuevo derecho; nuevo derecho que, en las circunstancias vividas por Benjamin, se proyectaba claramente de corte militarista. Todo lo anterior al margen de que la policía es, en últimas, una institución también castrense, que sirve de insumo a la construcción de regímenes totalitaristas que requieren crear por medio de la violencia y la pena de muerte patrones de justicia *in situ*, bien para conservar la legitimidad existente o bien para instituir una nueva, como probablemente le hubiera ocurrido al fugitivo Benjamin de ser capturado por los esbirros de la Gestapo en aquel pasaje de fronteras que lo vio morir.

Es difícil no caer en la tentación de asociar a la persona de Benjamin con esos “sectores más vulnerables y juiciosos” a los que él mismo alude, y contra los que el Estado no tendría necesidad de aplicar violencia alguna. También él, Benjamin, al igual que el ciudadano hipotético sobre el que escribe, sería víctima de la condena por edicto y de la solapada vigilancia de las instituciones del Estado policial fascista.

### 3. UN FUTURO FASCISTA

La otra obra que estimamos útil para dar contorno a la visión que Benjamin tuvo del fascismo es el ensayo *Teorías del fascismo alemán*, cuya primera versión se publicó en la revista *Die Gesellschaft* en 1930<sup>6</sup>. En su estilo característico, sintetiza eficazmente a través de imágenes y alegorías problemas y cuestiones sumamente complejos de la política y de la filosofía de la historia. Aquí Benjamin emprende la revisión crítica de una colección de ocho ensayos editados por Ernst Jünger, incluido uno de su autoría, “Total Mobilization” [Movilización total], en torno a la primera guerra mundial y a la atmósfera ideológica que se respiraba en Europa en los primeros años de la posguerra. El abordaje de estos materiales le permite a Benjamin descifrar cómo la ideología fascista le atribuyó al nacionalismo y a la experiencia de la guerra su carácter de mito fundacional, a la sombra del cual se creó todo un dispositivo retórico que haría posible la alienación de las masas. Pero más allá, la intervención crítica de Benjamin busca adelantarse a lo que consideraba como pretensiones protofascistas y barrunta, con acierto, el carácter morboso y procaz con el que el discurso de ciertos líderes políticos quiso empujar al pueblo alemán a la siguiente guerra.

<sup>6</sup> Citamos traducción española en la antología *Iluminaciones IV*.

La visión de la “Gran Guerra” que modelaron Jünger y los demás autores es entendida por Benjamin como “obsoleta”, en vista de los nuevos cambios que había introducido la técnica. En aquella guerra, escribe, se había hecho evidente que “la realidad social no estaba madura para integrar la técnica como órgano” (Benjamin, 2011:47). Sin embargo, lo que llama la atención a fines de ilustrar el carácter premonitorio de este texto con relación al militarismo fascista, es que casi a renglón seguido Benjamin advierte que las innovaciones técnicas puestas al servicio de la guerra, con la misma perfidia que habían sido puestas al servicio de su estética el cine o la radio, estarían también presentes en la panoplia del fascismo estatal, y serían utilizados como parte de los instrumentos tecnológicos con los que perpetraría el exterminio en los campos de concentración. Un ejemplo concreto de esta asimilación de la técnica al fascismo fue el uso de los gases.

A este respecto Benjamin plantea que existe una discrepancia abismal entre los inmensos recursos y posibilidades que la técnica supone para el ejercicio de la guerra y la ínfima clarificación moral que en ella aportan. Sin distraer la atención del ensayo en cuestión, se estima válido a esta altura desviarse brevemente para evocar un fragmento de otro texto de Benjamin, *Experiencia y pobreza*, publicado por primera vez en la revista literaria de Praga *Die Welt im Wort* en 1933<sup>7</sup>, el cual encuentra plena resonancia con la noción del fascismo que venimos desarrollando, ya que expone parte de las mismas preocupaciones de Benjamin con respecto al advenimiento de la técnica moderna y al concepto de experiencia expresado históricamente en términos de “pobreza”:

La cosa está clara; la cotización de la experiencia ha bajado y precisamente en una generación que, de 1914 a 1918, ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. Lo cual quizás no es tan raro como parece. Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino pobres en cuanto experiencia comunicable [...] Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes había cambiado, y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras, estaba el indefenso cuerpo humano (Benjamin, 1989:167-168).

La imagen aquí figurada establece un diálogo entre la noción de pérdida o devaluación de la experiencia y los “progresos” que implica la tecnología puesta al servicio de la guerra, y ello tiene que ver además con el hecho de que Benjamin asociaba en un solo conjunto la deshumanización moderna, las innovaciones tecnológico-industriales del capitalismo y la guerra en cuanto tal. Pero de nuevo con relación al ensayo sobre las teorías del fascismo, el fragmento antes citado condensa en la imagen del “indefenso cuerpo humano” que sucumbe débil frente a las corrientes destructoras, lo que sería

<sup>7</sup> Citamos traducción española en la antología *Discursos interrumpidos I*.

la suerte que corrieron millones de seres humanos una década después, ello en vista de que, la experiencia y la sabiduría respecto del pasado, se anularon y diluyeron en un nuevo orden industrializado que en el ámbito de la ideología estatal-militarista, comenzaba a tener su mortal correlato. En este punto resulta pertinente citar la intervención de Hillach justamente sobre la complementariedad entre fascismo y tecnología relevada por Benjamin en *Teorías del fascismo alemán*, indicando que para esta tecnología, aun dotada de un enorme potencial, no podía bajo el régimen de propiedad capitalista burgués y bajo las relaciones de producción vigentes aportar a las masas suficientes medios para la satisfacción de sus necesidades materiales, ni mucho menos para la transformación social, de modo tal que la guerra, provista de una estética política y de los medios técnicos, se constituía en una “solución” para liberar las tensiones generadas por tal contradicción (1979:103).

En *Teorías del fascismo alemán* Benjamin crítica el hecho de que algunos defensores del fascismo “hablan con gusto y énfasis de “la primera guerra mundial”. Sin embargo, su obtuso concepto de las próximas guerras, carente de toda imagen ligada a aquella, demuestra lo poco que sus experiencias les han valido para aprehenderla” (Benjamin, 2011:50). Pero la correlación directa con el tema de los gases que citamos antes, como manifestación horrorosamente innovadora de los armamentos europeos, lleva a Benjamin a intentar persuadir a quienes ven en la guerra “la manifestación suprema del ser” (50), de que en las condiciones materiales de la guerra contemporánea, los ideales de heroísmo que pudieran haber sobrevivido de la última guerra naufragarían irremediamente: “El combate con gases, que poco interesa a los colaboradores de este libro<sup>8</sup>, promete darle a la guerra un cariz en el que las categorías soldadescas se despiden definitivamente a favor de las deportivas, ya que las acciones militares se registrarán como récords” (50). Efectivamente, el uso de este tipo de tecnología letal había causado en aquella guerra un número ingente de bajas a todos los bandos en contienda; ello se presentaba, para Benjamin, como una realidad que en perspectiva lo perturba en modo particular, como si sospechara o tuviera por lo menos el palpito de un apocalipsis por venir, del cual el arma del gas era una especie de signo o señal premonitória.

Como ya dijimos, uno de los instrumentos claves del exterminio de los judíos europeos será justamente esta tecnología, si bien cabe admitir que para entonces Benjamin no lo sospechara todavía con esa particularidad incluida. La potencialidad letal del gas le preocupa tanto que lo lleva incluso a especular sobre detalles técnicos asociados a su uso bélico:

<sup>8</sup> Se refiere al citado volumen de ocho ensayos editado por Ernst Jünger.

Como se sabe, contra ataques de gases desde el aire no existe defensa adecuada. Hasta las medidas de protección individual, las máscaras, fracasan ante el gas mostaza y el “Levisit”. Cada tanto llegan a nuestros oídos informaciones “tranquilizadoras”, como la invención de un telereceptor acústico capaz de registrar el ronroneo de las hélices a gran distancia. La invención de un avión silencioso se sucede pocos meses después. La guerra de gases se basará en récords de exterminio y deberá contar con dosis de riesgo elevadas a exponentes absurdos. Es poco probable que su estallido se ajuste a las normas del derecho internacional, es decir, que sea precedida por una declaración de guerra [...] Con la eliminación de la distinción entre civiles y combatientes, implícita en la guerra de gases, se desmorona el soporte principal del derecho internacional público. La última conflagración ha demostrado cómo la desorganización instaurada por la guerra imperialista amenaza con hacerla inconclusa, interminable (51).

Esta cita condensa de alguna manera las mismas cuestiones que sobre la legitimidad del derecho subordinado al apetito pugnaz del Estado militarista desarrolla Benjamin en *Crítica de la violencia*, pero también ostenta ciertas similitudes con *La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*, en tanto expresa el interés de Benjamin por la función social y estética de las innovaciones técnicas, en este caso las bélicas. Aquí, traspone de paso la pregunta por la posición de las obras de arte dentro de las relaciones de producción que plantea en *El autor como productor*, en la pregunta por la posición de las innovaciones de la tecnología bélica dentro de las relaciones de producción. Al punto retomamos el análisis de Hillach sobre el vínculo entre estética y tecnología que saca a la luz Benjamin en *Teorías del fascismo alemán*, cuando oportunamente infiere que aquellas innovaciones tecnológicas serviles a la guerra tenían la propiedad adicional de refractar la subjetividad de la clase dominante burguesa, a la que debían su invención, de ahí que Benjamin las ubique justo en el centro de su diagnóstico temprana del fascismo (1979:116).

Pero en el citado fragmento se percibe ante todo una gran desesperanza y un irremediable pesimismo frente al futuro, desesperanza que no es ajena a la prosa literaria de Benjamin y de la cual la última frase del ensayo *Goethes Wahlverwandschaften* [Las afinidades electivas de Goethe] se hace eco: “La esperanza sólo nos ha sido dada por los desesperanzados” (Benjamin, 1996:102)<sup>9</sup>. Al margen de esto y de nuevo frente a la imagen de los gases en la guerra, la premonición acierta en advertir que los dispositivos técnicos o medidas de protección, cualesquiera fueran, individuales como las máscaras o sociales como el derecho internacional, resultarían inútiles frente a la acción letal del gas en manos del fascismo, como también sería inútil la distinción entre tropa y civiles.

Aquí se podría tomar el hilo de la imagen líquida del gas que describe Benjamin, para proponer hacerla extensiva o correlacionarla a lo incontrolable e inaceptable que

<sup>9</sup> Citamos traducción española en el volumen *Dos ensayos sobre Goethe*.

veía en el uso de los medios de reproducción técnica como la fotografía, el cine y la radio en manos del fascismo. Es como si Benjamin quisiera decir que en esa Alemania de 1930 se estaba incubando, sin ser percibido por las masas, un delirante escenario fantasmal en el que los sentidos se confunden y se degradan en el culto apoteósico de la guerra. Al punto se pregunta de nuevo y con ironía en *Teorías del fascismo alemán* cómo era posible que ciertos escritores de la época, defensores del heroísmo bélico alemán, pasaran por alto los horrores que significó la gran guerra para Europa y los califica de torpes e insensatos que quieren “apropiarse de lo actual sin haber aprehendido lo pasado” (Benjamin, 2011:52), recordándoles de paso que la última guerra no solo había sido la guerra de las batallas materiales (técnicas) sino también la guerra perdida, y que esos filósofos profascistas parecieran incapaces de relacionar una cosa con otra.

La derrota alemana en la guerra es otro factor que no escapa a la atención de Benjamin, y la incompreensión de tal realidad por parte de los alemanes lo hace temer por el rumbo futuro de los acontecimientos. Para Benjamin la derrota se había interiorizado en los alemanes de tres maneras, todas equivocadas: la primera buscó pervertir la derrota en victoria interior merced a la elevación histérica del sentido de culpa a niveles de universalidad humana; en segundo término, se intentó la estrategia del olvido y, por último, se presentó la tendencia a tomar más en serio la derrota que la guerra misma y es en medio de esta confusión que entra a surtir efecto la alienación fascista (52).

Al respecto Benjamin se pregunta: “¿Qué significa ganar o perder una guerra?”, a lo que responde: “El vencedor se queda con la guerra, al vencido le es sustraída; el victorioso la hace suya, la convierte en propiedad, el derrocado no la posee más, debe vivir sin ella” (53-54). Y es justamente esta elemental proposición a la que Benjamin se aferra para inducir una enseñanza y una lección sobre el pasado, un aprovechamiento oportuno de la experiencia en tanto ganancia histórica y moral para no repetir los mismos errores fatales. Para tal fin evoca un fragmento de su amigo Christian Rang, teólogo y político alemán que criticó fuertemente el vacuo heroísmo guerrero que alimentaban los espíritus del militarismo germánico: “La aparente voluntad gloriosa de esta fe de muerte en los campos de batalla, de aquel que sin reparos sacrifica la vida por la idea [...] espantosa visión de muerte esta actitud fundacional de la espiritualidad alemana, es un profundo desmayo” (citado por Benjamin, 2011:55). Serían esa fe y visión de muerte las que persuadirían a los perpetradores del holocausto, ahorrándoles la pregunta del porqué, todo en pos del heroísmo bélico alemán.

Parece entonces evidente que la crítica de Benjamin al fascismo deviene simultáneamente en una crítica al sentimiento militarista presente en la historia alemana y a todo el trasfondo de inmoralidad que se escondía tras su idealismo: “Cada cráter de granada

era un problema, cada alambrada una antinomia, cada púa una definición, cada explosión una postulación. El cielo diurno era el interior cósmico del casco, el nocturno, la ley moral sobre nuestras cabezas” (58)<sup>10</sup>. A los alentadores del heroísmo bélico alemán, a quienes llamara con sorna los “manejadores de la muerte”, atribuye la falsa y peligrosísima pretensión de exaltar las virtudes de la dureza y la inflexibilidad en el soldado alemán, acusando además que lo que se oculta tras esos voluntariosos sobrevivientes de la guerra y mercenarios de la posguerra era, efectivamente, “el concienzudo combatiente de la clase fascista” (59). Aquí conviene recordar que, durante la brevísima revolución socialista alemana (1918-1919) en la inmediata posguerra, las fuerzas contrarrevolucionarias se constituyeron en parte por ex-oficiales y veteranos del ejército, los mismos que darían muerte a los líderes Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, de origen judío esta última (Hobsbawm, 1999:76).

En suma, Benjamin percibía en ese protofascismo de principios de la década del treinta, que se estaba cultivando un ambiente nacionalista sobre la base de un inescrupuloso paramilitarismo de Estado, que hacía de la ideología un “fetiche mercantil”, y esto denota algo de su sustrato marxista, generando así una falsa conciencia y la consiguiente desestabilización emocional en las masas. Le alentaban similares sospechas la unión entre la burguesía industrial alemana, las élites militares y los caudillos fascistas en la conducción del Estado, ya que mientras los bolsillos de los primeros se llenaban, el inane heroísmo y el poder de los otros se encumbraba justo por medio de la triangulación con la guerra:

La amenaza no tiene nada de ridícula. En la conducción de un solo bombardero con bombas de gases se concentran todas las instancias de poder decisivas para privar a los ciudadanos de aire, luz y vida [...] El modesto lanzador de bombas que en la soledad de las alturas, solo consigo mismo y su Dios, goza de las prerrogativas de su jefe supremo, el Estado, y que donde estampa su firma deja de crecer la hierba, personifica el poder “imperial” que estos autores sugieren. Si Alemania no logra extraerse de esas maniobras de medusa que la están envolviendo, sacrificará su porvenir (Benjamin, 2011:57).

No deja de llamar la atención la continua alusión a la técnica de los gases aplicada a la guerra que hace en *Teorías del fascismo alemán*, casi como algo obsesivo, pero tampoco pasa desapercibida la ética materialista de Benjamin respecto a las necesidades básicas del ser humano, “aire, luz, vida”, ni su poco disimulada ironía al enun-

<sup>10</sup> Esta relación entre imágenes bélicas y categorías del pensamiento racionalista que hace Benjamin en este pasaje, dan ocasión para evocar una novela de Italo Calvino, *Il barone rampante* (1957) [*El barón rampante*], particularmente a la madre del Barón Cósimo Piovasco, personaje central, quien es una flamante dama aristócrata alemana, hija de un general prusiano, que vivía obsesionada con asimilar todos los aspectos de la cotidianidad a situaciones y problemas de la milicia y de la guerra. Como si la vida se pensara desde la lógica y el lenguaje militarista.

ciar la soledad del lanzador de bombas con “su Dios”: ¿a cuál Dios se refiere Benjamin? De otra parte, la estampa del bombardero condensa también de alguna manera el lado oscuro de la industria y de los inventos tecnológicos, que más allá de sus implicaciones socioeconómicas, puesta al servicio de la guerra y del militarismo, adquiere un sombrío carácter de muerte y destrucción.

Las frases finales del ensayo dan el último aviso premonitorio de la catástrofe que vendría, lo más acertado sin duda por la similitud entre imágenes prefiguradas y la realidad factual de lo sucedido. Se trata de un llamado desesperado a ignorar el ruido de tambores que por la próxima guerra hace el fascismo a través de sus símbolos y de sus discursos engañosos, de un apremio a corregir errores del pasado y a reestructurar las relaciones sociales y de producción con respecto a la naturaleza y a la técnica, pero no en favor de la guerra y la destrucción, sino de la felicidad, en la que íntimamente cree: “De fracasar esta corrección, millones de seres humanos serán corroídos y destrozados a gas y hierro, eso será inevitable” (57).

#### 4. A MANERA DE EPÍLOGO

Queremos por último aludir a una faceta más de la aguda crítica benjaminiana del fascismo, entendida en esencia como la premonición de un porvenir catastrófico, pero también como el levantamiento de una estética política: se trata de su advertencia moral, si cabe la expresión, de cara a la corriente artístico-literaria conocida como “futurismo”, desde cuyas filas se exaltaba el valor estético de la guerra<sup>11</sup>. En la visión de Benjamin se presentaba como un extravío inexplicable, una forma de aberración por decir lo menos, que en el manifiesto de ese movimiento, al que cita textualmente en el epílogo de *La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*, se afirmara que:

La guerra es bella, porque gracias a las máscaras de gas, al terrorífico megáfono, a los lanzallamas y a las tanquetas, funda la soberanía del hombre sobre la máquina subyugada. La guerra es bella, porque inaugura el sueño de la metalización del cuerpo humano. La guerra es bella, ya que enriquece las praderas florecidas con las orquídeas de fuego de las ametralladoras. La guerra es bella, ya que reúne en una sinfonía los tiroteos, los cañonazos, los altos al fuego, los perfumes y los olores de la descomposición [...] ¡Poetas y artistas futuristas... acordaos de estos principios fundamentales de una estética de la guerra para que iluminen vuestro combate por una nueva poesía, por unas artes plásticas nuevas! (citado por Benjamin, 1989:56).

<sup>11</sup> Véase al respecto *El Manifiesto del Futurismo* (1909) de Filippo Tommaso Marinetti.

¿Qué podía ser más cercano y más propicio a los fines del fascismo que esta apología de la muerte y la destrucción? ¿Qué más premonitorio del futuro que le esperaba a Europa? ¿Qué más representativo del peligro que suponían los medios de reproducción técnica del arte y de las maquinarias de guerra? Con ello confirma el mismo Benjamin que el progreso de la técnica estaba siendo aprovechado por el fascismo de una forma antinatural y de paso comprueba también, con amargura, el mismo temor que manifestó en toda su crítica política y estética de la violencia, esto es, que la humanidad no estaba lo suficientemente madura para hacer de la técnica su órgano y que tampoco la técnica estaba lo suficientemente elaborada para dominar las fuerzas de la sociedad:

La guerra imperialista es un levantamiento de la técnica, que se cobra en el *material humano* las exigencias a las que la sociedad ha sustraído su materia natural. En lugar de canalizar ríos, dirige la corriente humana al lecho de sus trincheras; en lugar de esparcir grano desde sus aeroplanos, esparce bombas incendiarias sobre las ciudades, y la guerra de gases ha encontrado un medio nuevo para acabar con el aura (57).

La expresión más acabada, en un sentido de máxima elaboración poética y filosófica que condensa en una imagen del presente la visión del pasado y del futuro, la síntesis de su crítica a la violencia, a la guerra y al fascismo, o bien del resultado final de la conjunción de toda la historia, la logra componer en 1940 poco antes de su muerte, en la novena de sus *Geschichtsphilosophische Thesen* [Tesis histórico-filosóficas]<sup>12</sup>:

Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviera a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelo el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremediamente hacia el futuro, al cual le da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso (Benjamin, 1989:183)

La imagen de las ruinas que se amontonan sobre ruinas a los pies del “ángel de la historia” delata un estado de orfandad del ser humano, la presencia de la nada, la mudéz ante la catástrofe, pero sobre todo, nos presentan el propio autorretrato poético de Benjamin y es la manifestación a un tiempo de la politización de su estética y de la estetización de su política. Contiene el núcleo de su pensamiento crítico que atribuye al materialismo histórico la función de dejar en vilo la historia, de hacerla explotar si es

<sup>12</sup> Citamos traducción española de la antología *Discursos interrumpidos I*.



preciso, para sustraerla de la lógica continuista a partir de la cual se constituye siempre en experiencia primigenia de todo presente. En la composición de esta conmovedora imagen, se pone en cuestión y se rompe toda teoría del conocimiento, todo el sistema de cosas inteligibles dado. Pero es al mismo tiempo liberación de la falsedad aparente, revelación mística.

## REFERENCIAS

- Arendt, Hannah (1998) *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- \_\_\_\_\_ (2003) *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Benjamin, Walter (1989) *Discursos interrumpidos I*. Aguirre, Jesús (Ed. Trad.) Buenos Aires: Taurus.
- \_\_\_\_\_ (1996) *Dos ensayos sobre Goethe*. Calderón G & Mársico G. (Trad.) Barcelona: Gedisa.
- \_\_\_\_\_ (2004) *El autor como productor*. Echeverría B. (Trad.) México: Editorial Ítaca.
- \_\_\_\_\_ (2011) *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Blatt, Roberto (Trad.) Buenos Aires: Taurus.
- Calvino, Italo (2010) *Il barone rampante*. Milano: Mondadori.
- Césaire, Aimé (2006) *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid. Akal.
- Heye, Uwe-Karsten (2014) *Die Benjamins. Eine deutsche Familie*. Hamburg: Aufbau Verlag GmbH & Co.
- Hillach, Ansgar (1979) "The Aesthetics of Politics: Walter Benjamin's "Theories of German Fascism". En: *New German Critique*, N° 17. (99-119).
- Hobsbawm, Eric (1999) *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Levi, Primo (mayo 8, 1974) "Un passato che credevamo non dovesse tornare più". En: *Corriere della sera*, Milán.
- Löwy, Michael (2003) "Progreso y catástrofe. La concepción de la historia en Walter Benjamin". En: *Historiein*, Vol. 4. (199-205).

Rae, Gavin & Ingala, Emma (Eds.) (2019) *The Meanings of Violence. From Critical Theory to Biopolitics*. N.Y.: Routledge.

Scholem, Gershom (2014) *Walter Benjamin. Historia de una amistad*. J.F. Yuars & V. Jarque (Trad.) Barcelona: Debolsillo Editorial.

Weikart, Richard (2013) "The Role of Darwinism in Nazi Racial Thought". En: *German Studies Review*, N° 36, (3). (536-556).